

Ocio

Van, generoso, complaciente

Concierto. El músico irlandés contentó anoche a los puristas y al público menos exigente en su regreso a La Riviera

JAVIER MARTÍNEZ

Como Onetti, como Miles, o como Hitchcock, Van Morrison es un creador de atmósferas, un artista con un universo propio, alrededor del cual giran obras mejores o peores, pero siempre con un sello exclusivo, representaciones más o menos convincentes también, sólo al alcance de este hombre con un lugar legítimamente conquistado en la historia de la música del último medio siglo. El irlandés es beneficiario y víctima de un legado inmenso, se mueve bajo la servidumbre de una colección de discos que le han convertido en referente intelectual, en una figura que trasciende su vertiente de compositor e intérprete.

«Ya no soy esa persona, vivo en el presente», vuelve a argüir como defensa en *What's wrong with this picture?* (¿Qué hay de malo en este retrato?), el tema que da título al álbum presentado la pasada noche en Madrid. Van no cesa de defenderse

Seis años después, decidió saldar cuentas con la hinchada: esta vez sí sonó 'Gloria'

ante el espejo, o lo que viene a ser lo mismo, ante una feligresía que le profesa lealtad inquebrantable, que le exige de manera permanente estar a la altura de su leyenda. Sus más que regulares visitas a España, el éxito de grabaciones y de conciertos (se pedían 85 euros en la reventa por una entrada, de 42), han hecho de él una feliz costumbre, un personaje tratado además con enorme generosidad por la crítica y el público, alguien que suele salir muy bien librado de cualquier escrutinio.

Seis años después de su último y atribulado paso por La Riviera, decidió saldar cuentas con la hinchada. Esta vez sí sonó *Gloria*, el motivo de la trifulca por la que hizo mutis en aquella ocasión. Fue el último de los tres bisés que regaló a una audiencia en plena sintonía con su aspecto amable, no exento de bromas y sonrisas. Está siempre ahí, con esa hechura de hombre cualquiera, diminuto, aparentemente inane, supuestos desmentidos de inmediato en cuanto hace suyo el estrecho espacio donde mora, desde el momento en que su aullido perfora las esquinas más ocultas del alma.

Siempre por libre, con el pie cambiado respecto a las leyes del mercado, suele quedar al margen de la rutina cíclica que impone la reciente aparición de un disco. La inmediatez de este último y la elección de las sedes, Madrid y Barcelona, facilitaron no obstante que fue-

ran cayendo unos cuantos temas de su debut en el sello Blue Note. Desde que disolviera la banda capitaneada por Georgie Fame y Pee Wee Ellis, cómplices de una época irreplicable, se mueve con algunos músicos heredados de su turbia relación profesional con Linda Gail Lewis, junto al contrabajista David Hayes, quien le viene acompañando de manera intermitente desde hace más de 30 años, y el trompetista Matt Holland, único superviviente de su etapa con Fame y Ellis.

El hecho de que la formación ayer presente sea casi idéntica a la del álbum otorgó gran credibilidad al repaso de lo más vivo en su repertorio. *Saint James infirmary*, uno de los dos únicos temas que no le pertenecen, arrojó al Van genuino, enrabietado, la estatua perenne del genio arrebatador, asolado por la amargura. El mismo que consintió una acertada retrospectiva a través de *Old saint's day* o *Carrying on a torch*.

Morrison, muy suelto con el saxo alto, superó la hora y media rigurosa de sus últimas visitas, eligió bien a la hora de mostrar su reciente entrega, con temas como *Little village* y se paseó con mimo por el blues, renovando una vez más el clásico *Help me* y agitando a la masa con *Stop drinking*, de Lightnin' Hopkins. Si cada uno de sus conciertos es la búsqueda de un instante, éste, de manera más o menos aprehensible, y según el distinto gusto del consumidor, llegó. Para algunos, estuvo en *It's all in the game* y su evocación de los sonidos de los 50 en Radio Luxemburgo; para otros, bastó con *Gloria*, con el rostro más dicharachero y transigente del ídolo.

Su gesto de 'mala leche' es sólo una de las señas de identidad que definen su controvertida personalidad y es que, para Van Morrison, lo mismo que para Bob Dylan, de la música hay que extraer su consecuencia más positiva, la música en sí misma, sin elementos accesorios que puedan perturbar su gran capacidad creativa, desbordante de una sensibilidad que a veces no se corresponde con su carácter duro, distante con sus músicos y huido en su casi inexistente relación con los medios de comunicación. Ajeno a las grandes campañas de promoción y marketing, tan válidas para la mayoría de las estrellas del firmamento musical, Van Morrison sabe y quiere transitar por este negocio sin ningún condicionante que pueda erosionar esa actitud austera ante su profesión, sin pose de ningún tipo y sencilla como la mayoría de sus composiciones.

Cuando en los primeros 60 muchos jóvenes de su generación escuchaban a Buddy Holly, los Beatles por ejemplo, Van Morrison empezó a interesarse por la música a través de una colección nada convencional de discos de su padre y en la que se entremezclaban grabaciones de Hank Williams, uno de los pilares de la música country, con discos de Leadbelly, máximo exponente del



Van Morrison en pleno solo de saxo alto, anoche, durante el concierto que ofreció en la sala La Riviera / DIEGO SINOVA

El último trovador creíble

Antonio Fernández

blues-folk de la época y, por supuesto, también de Ray Charles; estas primeras influencias fueron perfilando la orientación musical de Van Morrison en todas sus facetas como compositor, músico y cantante.

Las letras de sus canciones no son de las que pasan inadvertidas y constituyen el sólido soporte para una base instrumental cimentada en el blues como estilo primario, fusionado con soul, folk, jazz, swing o pop y siendo inevitable en cualquiera de sus discos el influjo de la tradición musical de su Irlanda del Norte natal.

A pesar de ese hermetismo que le caracteriza, Van Morrison es uno de los grandes con mayor capacidad de adaptación a la hora de colaborar bien con amigos o con músicos a los que admira. Así en el pasado, lo ha hecho con John Lee Hooker, B.B. King, Georgie Fame o Pee Wee Ellis pero también recientemente con Tom Jones en su nuevo disco *Reloaded* interpretando *Sometimes we cry* o con el veterano cantante británico Chris Farlowe haciendo *Sittin' on top of the world*. En los últimos años, su incansable producción discográfica, uno y a veces dos discos por año, ha sido directamente proporcional a sus lar-

gas giras por todo el mundo, sin bajar lo más mínimo el listón de esa calidad a la que nos tiene acostumbrado.

Otro paso importante en su carrera es su actual y reciente contrato con el prestigioso sello Blue Note, fundado por el alemán Alfred Lion en el 39 y que guarda en sus archivos buena parte del mejor jazz del pasado siglo. Este ferviente devoto del jazz fallecido en el 87, puso en marcha esta discográfica a la que Van Morrison acaba de acceder para la grabación de su nuevo disco *What's wrong with this picture?*, primero de esta nueva etapa. De presencia escénica rígida e imperturbable, como su vida misma, Van Morrison es una de esas leyendas vivas de la música con mayúsculas cuyo estilo ha evolucionado y madurado al mismo tiempo, siendo igual de atractivo para sus incondicionales de toda la vida como para aquellos más jóvenes que asisten a sus conciertos o compran sus discos buscando otras sensaciones musicales distintas de las que les aportan otras figuras efímeras del pop. El último trovador creíble sigue causando sensación.

Antonio Fernández es director y presentador del programa 'Área Reservada' de Radio 3.